


Julio Martínez Mesanza



JINETES
DE LUZ
EN LA
HORA
OSCURA

| Antología |

Edición de
Alfredo Rodríguez

ARS  POETICA

JINETES DE LUZ EN LA HORA OSCURA

Julio Martínez Mesanza

JINETES DE LUZ
EN LA HORA OSCURA



ARS  POETICA

Julio Martínez Mesanza

JINETES DE LUZ EN LA HORA OSCURA

| Antología |

Edición de
Alfredo Rodríguez

colección
| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poésie

Jinetes de luz en la hora oscura
JULIO MARTÍNEZ MESANZA

Colección:
BEATUS ILLE

Dirección editorial:
Ilia Galán



© 2021 Julio Martínez Mesanza
© 2021 Alfredo Rodríguez (de la edición)
© 2021 ARS POETICA

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: mayo, 2021

ISBN: 978-84-18536-16-8
Depósito Legal: AS 00232-2021

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Dejan de molestarme ya los hombres:
duermo en las sucias cuadras, lo prefiero,
duermo siempre en un carro de combate.*

De EUROPA

*No debes escuchar a la tibieza,
ni a su amiga triunfante, la ironía.
No vayas con quien nunca dice nada,
ni con quien vive siempre enmascarado.*

De LAS TRINCHERAS

POÉTICA

Mi corazón siempre estará con Hernán Cortés y con Francisco Pizarro, y nunca con la Compañía de las Indias Orientales. Me gustaría haber participado en la carga de Cajamarca junto a aquellos jinetes que firmaban con una cruz. Por lo demás, quiero recordar aquí que las obras de Ennio y de otros muchos no se han perdido por culpa de los soldados, sino por el arbitrario gusto de los filólogos.

J.M.M.

Septiembre de 1982

PRÓLOGO
EL MITO DEL ALMA

En octubre de 2017 se fallaba el Premio Nacional de Poesía en favor de un poeta no muy nombrado por entonces, no muy mediático, un poeta casi podríamos decir oculto, llamado Julio Martínez Mesanza, pero que de ninguna manera debía quedar perdido. Fiel siempre a una poética muy concreta que quedaba clara en sus versos y, sobre todo, muy apartada del panorama de la poesía de la época — por el que había que pasar deprisa —, se trataba de un escritor por el que siempre había sentido una especial admiración, tanto por su persona como por su obra. En su pluma habitaba el don de decir con verdad la belleza, ese don inagotable de la gracia poética que nos inmuniza de todo lo malo.

Recuerdo haber organizado hace muchos años un viaje a Madrid sólo y exclusivamente para conocerle en

persona. Y así lo hice, citándome con él en una cervecería irlandesa cerca de Cibeles: un lugar muy seguro, teniendo en cuenta que la poesía se ha convertido en algo invisible para la mayor parte de la gente. Aunque mientras cuente con el respeto y aprecio de unos cuantos allegados, un poeta no necesita de más. En ese momento Mesanza pasaba en la capital unos días de descanso, para reunirse con sus hijas, de su trabajo como director del Instituto Cervantes en Túnez.

Quería enlazar con uno de esos poetas españoles que siempre me han parecido verdaderamente comprometidos con la tradición europea. Así que tuve ocasión de conversar largamente con él o, mejor dicho, escucharle como se escucha a un maestro. Un maestro que había experimentado, sin duda, con esa búsqueda de autococonocimiento que emana sólo de algunos poetas verdaderos. Su poesía era compromiso en el sentido más amplio de la palabra: compromiso del alma, histórico y espiritual. Algo sin duda gratificante en estos tiempos tan radicalmente alejados de cualquier vestigio de sacralidad y en los que el ejercicio de la memoria se encuentra en abismal decadencia. Encontré en Julio a una persona interesantísima, muy culta y de trato agradable

y cercano, un hombre con sólido gusto literario, gusto poético, y con un agudo enfoque moral, todo lo cual le convertía, ante mis ojos de joven poeta asombrado, en un auténtico hombre libre, que sabía acoplarse muy bien al «espíritu» de la época mediático y banal. Sus poemas no estaban dominados por la voluntad de agradar, sino que contenían, en su aparente sobriedad, una verdad artística desnuda. En esa elipsis, en lo que no estaba explícito en sus versos, ahí es donde se encerraba lo mejor de su poesía, su misterio. Uno podía advertir además que en su persona era tan grande su orgullo como pequeña su vanidad. Así son los grandes.

Llevaba conmigo los ejemplares de todos sus libros para que me los dedicara y firmara expresamente, como buen lector y admirador de esa reveladora e intrigante obra poética. Siempre he pensado que los libros siembran el germen de la amistad. Y aquel luminoso mundo de su poesía me había subyugado al instante cuando lo descubrí en la estupenda antología de nuevos poetas que publicó Julia Barella en 1987 bajo el título, *Después de la modernidad. Poesía española en sus lenguas literarias*. La apuesta de Mesanza conllevaba un riesgo. Pero, a la vez, se trataba de una forma de poe-

zar que entrañaba en sí la mayor de las riquezas: al haber florecido a todas luces en libertad, era capaz de convertir en oro el cieno de la realidad, como quería Baudelaire.

En principio Mesanza pertenecía a la llamada generación de los ochenta aunque, como todo gran poeta, había sabido escapar a su generación y a las modas. Era sobre todo y por encima de todo autor del libro *Europa*, que se había ido conformando para los amantes de la buena poesía en un libro de culto, emblemático, y por el que estaba siendo considerado por la mejor crítica literaria como el más fiel representante de la tendencia épica, de la corriente épica en la poesía española. Pensemos que la gran poesía no fue la poesía lírica, sino la poesía épica. Sólo ahí encontramos *La Chanson de Roland*, *El Cantar de los Nibelungos*, la *Iliada*, la *Odisea*, el *Beowulf*... casi nada. De ese libro, *Europa*, había habido sucesivas ediciones ampliadas —de una manera cercana al *Museo de cera* de su amigo José María Álvarez— publicadas en 1983, 1986, 1988 y 1990, e incluso le añadiría más adelante el título *Fragmentos de Europa*, que completaba esa etapa. Si bien esa era sólo una parte de su trayectoria poética. Pues, además del libro premiado

con el Nacional de Poesía y titulado *Gloria* —último de sus libros de poemas hasta la fecha y en el que puede advertirse, entre otras, una de las preocupaciones más hondas que pueda tener un poeta: la lucha del alma por liberarse de la materia—, ya fuera del ciclo de *Europa*, en 1996, había entregado a la imprenta un libro muy ambicioso, *Las trincheras* —con el que se afianzaba totalmente en una poesía de hondo sentido religioso y arriesgado— y tiempo después, en 2007, *Entre el muro y el foso* —otra fulgurante joya intemporal—, logrando así una auténtica trilogía de oro que le catapultaba como poeta hasta ese promontorio mágico en el que sus lectores hemos sido muy felices y al que siempre por ello necesitamos volver. Ese mismo año también había aparecido la antología *Soy en mayo*, con una muy buena selección de su obra, llevada a cabo por su amigo y poeta Enrique Andrés Ruiz.

Los versos de Mesanza parecían contener a veces esa parte de nosotros mismos que somos incapaces de reconocer. Parecían recordarnos, como lectores y aprendices de poeta, que hay una mezcla viscosa de conformismo y complacencia que tiene preso al espíritu libre. No era ese su caso ciertamente. Antes al contrario, alguien ad-

virtió que en su poesía había grandeza y ternura, majestuosidad y delicadeza, a veces ironía, desencanto casi siempre. Aparecían héroes, soldados que tuvieron que luchar y eligieron morir. Sus versos hacían que el eco de aquellas viejas gestas no hubiera sido nunca derrotado por el olvido. Uno sentía entonces la cornada de su poesía en la obscuridad, ese vértigo al leer, como calambres en el estómago. Una sensación parecida a pensar: el alma ya tiene un destino, haga lo que haga en la vida.

Todos los versos de absolutamente todos sus libros constituyen endecasílabos blancos, es decir, sin rima. Y además con la curiosa particularidad de que nunca terminan con una palabra aguda o esdrújula, sino siempre con una palabra llana. Se trata —según ha dicho el poeta— de un endecasílabo grave, pero a la vez muy flexible, a veces muy lapidario y otras veces con mucha variedad de encabalgamiento. Hay una luz muy potente en ellos, casi siempre acaba apareciendo al final ese instante iluminador captado por el poeta y que retiene al lector. Es como una trampa de la memoria y la belleza, que van unidas en una fina celada.

Son poemas que emocionan, que enseñan, que sorprenden, y con los que uno puede compenetrarse e identificarse, bien ajustados, medidos, en los que nada sobra ni falta, que tienden a fijarse en la memoria. Arte y oficio a un tiempo. Son como continuos espejos que el poeta nos va poniendo por delante y en los que nos sentimos reflejados. Además siempre hay una especie de impulso musical, un impulso rítmico, hecho de una música que es sólo la de las palabras. Y el poeta siente la necesidad de ser fiel a ese ritmo. Nunca termina de regresar a la quietud.

A través de esos endecasílabos blancos nos llega una visión muy personal del mundo, lenta e invulnerable. Todo lo que ella reclama de silencio, de no averiguaciones, de reposo y misterio, nada tiene que ver con la visión corriente de hoy, su abrumadora velocidad y sus banalidades que se han encargado de borrarlo todo en nuestra memoria. Caballos, torres, murallas, victorias y derrotas, carros de combate, desiertos y tropas, columnas y piedras, hasta desembocar en el mito del alma, se entrecruzan juntando en la misma paletada la memoria de lo valioso y de lo trascendente. Tal vez por eso se haya tildado a su poesía de épica, aunque quizá no sea

así del todo, porque los poemas de Mesanza son a veces de un lirismo profundo: nos hablan desde lo hondo de la condición humana. Poemas de vida y de muerte, que beben sus imágenes de la Historia y de la Mitología. Mantienen encendidas algunas velas contra un viento oscuro y poderoso que nos asola, son como anacoretas en un desierto cada vez más dañino, más peligroso. Tienen la rara virtud de no agotarse nunca, de ofrecernos nuevos sentidos, nuevos matices cada vez que acudimos a ellos. Y esa es la marca de la verdadera poesía. Uno puede sentir siempre cómo le enriquecen.

Poeta de sólida formación clásica y capaz de elevar la emoción poética a sus cotas más elevadas, esa emoción verdadera que despierta en nosotros su poesía nos conduce a veces a una doble conmoción final en la lectura, que arranca de un doble compromiso, ético y estético. Con una aparente sencillez discursiva arrolladora, que deja fluir el verso limpio, sutil, nunca brumoso. La memoria de los versos de Mesanza es un arca sellada cuando uno llega a la edad madura.

A pesar de que su poesía, como hemos dicho, por las referencias y el contexto desprende ese tono épico, afi-

naríamos más en su definición si habláramos de una lírica que usa símbolos épicos. Este poeta usa esas referencias épicas para explicarse, para hablar de sí mismo. Hay un gusto por la evocación de un mundo heroico y un rechazo por la decadencia de la época presente, fraguada en naderías y nimiedades. Entre los versos de este libro, amigo lector, se va encontrando uno al final con su destino, que es nada ante tanta inmensidad transparente. Y lo que se cuenta y el modo de contarlo es tan importante como aquello que no se cuenta, lo que se evita. Esta es la clase de libro que puede hacer que uno se olvide del mundo.

Digamos, pues, que al menos su proyecto inicial (los libros que fueron apareciendo agrupados bajo el título de *Europa*) estaba más próximo al concepto tradicional de épica, aunque ese proyecto inicial fue evolucionando claramente en Mesanza con los años y las décadas hacia una poesía más honda, más filosófica, y más imbuida sobre todo de religiosidad.

Se diría que Julio Martínez Mesanza es un poeta de corte antiguo cuya poderosa originalidad en seguida se hace evidente al lector. Muchos de sus versos parecen tratar de recuperar ese tono antiguo que es el tono in-

temporal de las cosas. Alguien dijo que quizá sea el único poeta conocido que puede ser llamado «poeta de la historia». Julio cree que la Historia dignifica. En ella al poeta se le ha entregado algo, algo por lo que se le van a pedir cuentas al final. Su poesía nos deja entrever el significado a fin de cuentas litúrgico que tiene la Historia para un poeta. Las escenas y hechos que encontramos en sus versos están en la base de nuestra cultura. No en vano el arte y la literatura son los grandes depositarios de ese mundo previo a la decadencia del mundo. Y el espíritu de permanente rebeldía del poeta ha de asomar siempre.

Se ha dicho que el fundamento último que sostiene la poesía de Mesanza es moral. Moral, no moralista. El poeta defiende la naturaleza de la poesía como realidad moral. Estaríamos hablando de esa experiencia que nos obliga a distinguir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, y cuya elección deja un poso profundo en el alma. Esa dimensión moral de su obra se aprecia, además, en la celebración de virtudes como el heroísmo, el coraje, la lealtad, la nobleza, que hacen su aparición entre jinetes, duelos, caballos y campos de batalla. Como lectores, sentimos que de alguna manera pertenecemos

a ese lugar. Nunca hemos podido escapar del todo de los mitos y ritos del alma, de los sueños de la Cultura, de las construcciones mentales anteriores a nuestra modernidad actual. Según dice el propio Mesanza, todos los poetas tenemos algo por lo que nos lanzamos a escribir poesía, y ese algo quizá sea reproducir aquello que nos encanta leer, atraídos por su belleza en un primer momento, y luego, además, todo eso se convierte en un modo de buscar el sentido de la vida. Es la tradición que el poeta ha recibido. Y el pasado de esa tradición no es verdaderamente un pasado sino una realidad viva. Como decía Cernuda: el poeta devuelve al mundo lo que el mundo le ha dado.

Personalmente uno cree que Julio Martínez Mesanza es un poeta que escribe para el futuro. Los lectores de poesía de dentro de veinte, treinta, quién sabe, cuarenta años gozarán, seguro, con sus poemas, se seguirán emocionando con ellos. ¿Y por qué? Pues porque están escritos desde la eternidad de la causa de la poesía. Esos poemas se han escorado, han burlado al tiempo, a este malsano tiempo presente. Los libros no son inocuos: actúan en la realidad.

Alguien dijo que en la historia de la mayoría de los lectores de poesía hay un número limitado de poetas que realmente han contado. Como si cada lector tuviera asignado un cupo de poetas que las circunstancias de la vida irán llenando con un poeta u otro. Y estos son los poetas a los que uno vuelve, los poetas en los que uno va profundizando con los años, los que le acompañan durante toda la vida. Mesanza es uno de ellos para mí. Además es un poeta que nunca tiene prisa por publicar, que casi publica un libro cada década. Sabe que el arte es incompatible con la prisa, y que la belleza es lentitud, como quería Ezra Pound. Si la poesía es expresar todas sus posibilidades al lenguaje para que surja una verdad, Mesanza tiene muy claro cuál es su verdad: que la poesía es uno de los pocos dones del espíritu que le quedan al hombre contemporáneo. Y lo más parecido a la plenitud del bien lo hallamos en el acto de crearla. Es un don de Dios, como el estado de gracia. Pues bien, esa verdad suya, la que está en sus mejores poemas, es una verdad que duele —el poeta es consciente de ello—, que te «toca» o no y, si lo hace, es para siempre. Y no sabes explicar bien por qué. Y es que los grandes poetas, los más grandes, se nos imponen más

allá de la razón. Porque la poesía es locura, sí, pero culpar a un poeta de locura sería una idiotez. El mundo de la poesía hoy se desvanece — actividad de fácil acceso es —, y los poetas como Julio Martínez Mesanza son los últimos testigos de esa manera de vivir. Sus versos siguen siendo hoy, en esta hora oscura que vivimos, como jinetes de luz que cabalgan hacia el futuro. Tomando uno de sus versos, «jinetes de luz en la hora oscura». Nos lanzan.

ALFREDO RODRÍGUEZ
Pamplona, abril de 2020

JINETES DE LUZ
EN LA HORA OSCURA

AVRELIANI LEGIONES

AMO vuestro desprecio del desorden,
del estéril desorden. Amo vuestra
serena complacencia en la victoria.
Un pensamiento femenino tuve
al veros desfilar junto a las ruinas.
Sea vuestra Palmira, sean vuestros
los tesoros quitados a la usura,
a la voraz usura, y por las armas.

NUNCA HE VISTO GOZOSA
A LA DISCORDIA

NUNCA he visto gozosa a la discordia.
No conozco el olor que tiene el campo
después de la batalla. Nunca he visto
caballos sin jinete entre las picas
vagar y entre los muertos. No conozco
la voluntad de ser invulnerable
ni el estupor que nace con la herida.

LEGIO PHALANGEM DISSIPAVIT

EN Pidna algo cambió y fue para siempre.
No lo sabrán los jóvenes vencidos
cuyos huesos blanquean la llanura.
Tampoco lo sabrán los vencedores
que la inmóvil falange destrozaron.

EVÉMERO DE MESENE

YO he visto el túmulo de un dios en Creta:
creedme: su tamaño era el de un hombre.

TAMBIÉN MUEREN CABALLOS EN COMBATE

TAMBIÉN mueren caballos en combate
y lo hacen lentamente, pues reciben
flechazos imprecisos. Se desangran
con un noble y callado sufrimiento.
De sus ojos inmóviles se adueña
una distante y superior mirada,
y sus oídos sufren la agonía
furiosa y desmedida de los hombres.